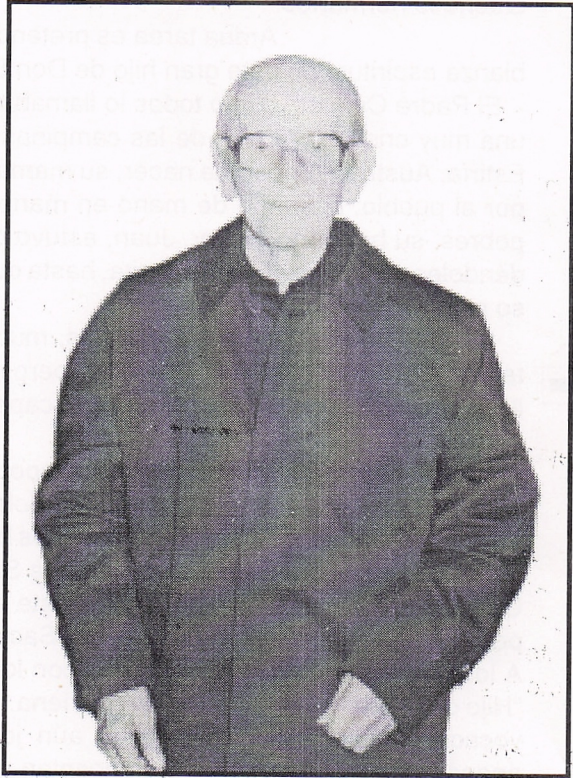


298020
(+24.07.95)



Sacerdote

Carlos Riedrich

3 de Septiembre de 1906 - 24 de Julio de 1995

3 de septiembre de 1906 en Nagelsdorf (Austria)

24 de Julio de 1995 en La Plata (Argentina)

Queridos hermanos:

Ardua tarea es pretender trazar una semblanza espiritual de este gran hijo de Don Bosco.

El Padre Carlitos, como todos lo llamaban, había nacido en una muy cristiana familia de las campiñas de la provincia de Estiría, Austria. A poco de nacer, su mamá murió y fue criado por el pueblo, pasando de mano en mano. Como eran muy pobres, su hermano mayor, Juan, estuvo con unas tías, ayudándoles en una pequeña chacrita, hasta que consiguió permiso para ir a estudiar de Sacerdote.

Carlos ocupó su lugar con las tías, muchas veces pidió él también estudiar para ser Sacerdote, pero no lo dejaron, hasta llegó una vez, como él contaba, a escaparse pero tuvo que volver.

Alternó como pudo su trabajo en el campo, hasta que pudo ver cumplido el gran anhelo de su niñez y adolescencia: entrar en el Seminario; eso fue posible gracias a los buenos oficios de su hermano mayor cuando el se ordenó de Sacerdote; el Padre Carlitos le conservó un gran amor a este hermano y gratitud, porque decía: "Gracias a él pude ser Sacerdote".

A los casi 20 años de edad ingresa con los Salesianos como "Hijo de María" en el aspirantado de Viena. Ahí se despierta su vocación misionera y cuando es aún joven postulante de apenas 21 años, los superiores aceptan su ofrecimiento y lo envían a estas tierras para atender las colonias de inmigrantes de habla alemana.

Debía embarcarse en un viejo transatlántico "Princesa Mafalda", pero por estar éste atiborrado de pasajeros, a él con otros misioneros lo hicieron tomar otro barco: "El Formosa" de refuerzo.

En medio de la travesía el "Princesa Mafalda" zozobró y poco pudieron hacer los del otro barco para rescatar a los naufragos.

En su ancianidad el Padre Carlitos recordaba nítidamente el hundimiento del barco en medio de la noche, los gritos pidiendo auxilio, el fragor de las olas cerrándose sobre el buque, el temor de los pocos sobrevivientes.

Evidentemente había un designio providencial sobre los

lo confesó...

Utilizaba la radio, la televisión y el diario., a los que mandaba diariamente o semanalmente mensajes y textos evangélicos cuidadosamente escritos a máquina.

Cuantas veces lo vimos salir en los días más fríos de invierno, o de un sol que rajaba la tierra, disponiéndose a enfrentar los recios vientos pampeanos con su boina vasca y su larga bufanda "¿Va a salir, Padre Carlitos?" como queriéndolo disuadir de esa temeridad. "No, voy a la clínica..." como diciendo que ir a pie cuatro cuadras no era precisamente "Salir"...

Cuando decíamos "Padre Carlitos, hace mucho calor", él nos decía "No soy de manteca, no me voy a derretir".

Pero el gran campo de batalla donde libraba cada día la lucha contra el demonio y la construcción del Reino era el confesionario.-

Para él no había horas libres. Cuando no tenía que atender la oficina parroquial o no estaba escribiendo algún artículo, iba al confesionario, a la espera de aquellos que a lo mejor pasaban ocasionalmente y al verlo al Padre se sentían movidos a acercarse a este ministerio, al que el Padre Carlitos dedicó tantas horas de su existencia y que ejercía con su infinita mansedumbre.

Ya en sus últimos meses, cuando le costaba confesar quisimos que no fuera, lloró como un chico, pues lo sentía de corazón.

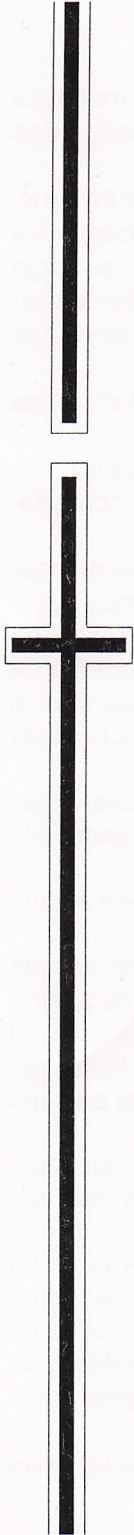
Así siguió confesando hasta el último momento, iban a verlo en la cama para reconciliarse con Dios.

Anécdotas de éste hombre hay muchísimas, como aquella donde lo presenta al. Padre en su picardía y astucia de pastor. Llegó a la oficina parroquial un paisano, gordo y tranquilo, el padre le comenzó a preguntar "¿si iba a misa?"- Si..., hasta que a lo último le preguntó "¿cumplió con pascua?" y el paisano acorralado dijo "me mató".

El catecismo de niños y adultos, era otra de sus pasiones.

Revisando su correspondencia, nos sorprende una respuesta del que fuera Obispo de La Pampa, Mons. Vidal, en el que promete llevar al Episcopado su inquietud de que haya un Catecismo único que clasifique y defina los conceptos fundamentales después de la renovación conciliar. En sus años de párroco recorría las escuelas, sin descuidar las rurales, y su gran fiesta era la de las Primeras Comuniones que preparaba con gran esmero.

Esta actividad incansable contrasta con la poca salud física



y maestros, y los dejó irse antes. El 7 de diciembre hace una sorpresiva visita el padre inspector, velando para que se cumplieran sus órdenes "¿y los niños?" preguntó -"los pajaritos se volaron"... respondió el Padre Carlitos, y terminaba la anécdota "DESPUÉS ME VOLARON A MI". Tenía un don innato del humor y la capacidad de contar con gracia anécdotas que recordaba siempre con lucidez y que lo hacía a él el centro natural de la conversación en cualquier reunión.

Si, en todas partes trabajó con celo por la salvación de las almas, al viejo estilo de antes, hubo una localidad pampeana a la que dedicó más de 30 años de su existencia, en distintos períodos: COLONIA BARÓN. A la hora de su muerte, nuestro cuidadoso secretario inspectorial, el padre Pedro Lusán, extrajo del abultado legajo del Padre Carlos una carta del año 1.978, en la que le expresaba al padre Inspector su deseo de que lo enterraran en su querido pueblo para seguir predicando y rezando por sus amados feligreses.

Hasta sugería el epitafio que terminaba así: "rezad por su alma, y salvad la vuestra!". La salvación de las almas fue en realidad su alma, "y salvad la vuestra!". La salvación de las almas fue en realidad su única y permanente inquietud y el objeto de toda su actividad.

En pocos salesianos pudimos observar tan cumplidamente el lema salesiano D a mihi animas, porque se fue despojando del "cetera" desde ese primer gran gesto de abandonar su familia (a la que siempre amó entrañablemente) y su hermosa tierra para venir a radicarse en lugares aislados y de clima riguroso en invierno y verano, hasta el hecho de que no tenía ni cosas ni apegos; bastaba observar su cuarto siempre prolijo pero con apenas la ropa imprescindible. No tenía hobbies, toda su existencia era netamente sacerdotal y apostólica.

El apostolado era permanente: visitando enfermos, hogares geriátricos, y los vecinos casa por casa, dónde llevaba la conversación inmediatamente al terreno religioso: "¿hace mucho que no va a la Iglesia? ¿cuanto hace que no se confiesa?".

En una de sus tantas visitas a los enfermos se encontró con un hombre mayor que había estado siempre en el campo y nunca necesitó de DIOS ahí se prendió el Padre Carrillos a convencerlo. Al final el padre le preguntó: "¿Cuántos hijos tiene?" - "8 le dijo el otro" - "ah, entonces está salvado" y ahí se hizo amigo y

misioneros.

Llegando a estas tierras, al comenzar el año '28 entra inmediatamente al noviciado de Bernal; donde el primer trabajo fue aprender el castellano, idioma que siempre habló con un simpático acento germano, equivocando con frecuencia los acentos, los géneros gramaticales o las erres; eso no fue un obstáculo que le impidiera predicar siempre que se le presentaba la ocasión y que se valiera también de la prensa para difundir el mensaje evangélico.

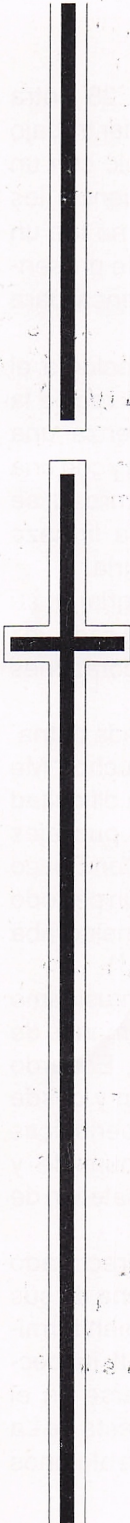
Los estudios filosóficos los hace en Bernal, la teología el Ramos Mejía, y por fin, el 29 de Noviembre de 1936 recibe la Ordenación Sacerdotal, y desde esa fecha comienza una fecunda existencia de servicio ministerial sin retaceos y con una particular calidez humana. La sencillez y la humildad se configuraban con un trato exquisito nacido de una firmeza espiritual, herencia cierta de su amada y lejana Austria.

Los rigores de La Pampa y sus soledades nunca agriaron su carácter, que, como los buenos vinos, se fue haciendo cada vez mejor, conquistando con las buenas maneras los corazones más reacios.

La Pampa, con sus colonos alemanes, fue su segunda patria. Salvo algún año en León XIII (Capital) que le costó mucho ("Me decían el Padre Pajarito") ya que por su carácter y la dificultad en el idioma no conseguía imponerse en aquellos pupilajes bravos del antaño... Y otros tres años en el Colegio Don Bosco de la ciudad de San Juan que recordó siempre como un período muy feliz de su vida y en una comunidad que consideraba "modelo" (Decía: "Eramos 13, la mesa muy alegre...").

Los demás años de su vida los consagró con todo entusiasmo a conservar y acrecentar la fe de los colonos ruso-alemanes de La Pampa: Santa Rosa, Guatraché, General Pico, Eduardo Castex, Victorica, Colonia San José y Colonia Barón y desde ellas tantas otras localidades que atendió con visitas periódicas o misiones, normalmente desde el puesto más humilde y servicial de teniente cura y encargado del Oratorio y Batallón de Exploradores.

Un año fue Director y Párroco de Victorica, y su directorado tuvo un final abrupto por una circunstancia que era una de sus tantas anécdotas risueñas. A fines de noviembre habían terminado las clases pero el enérgico Padre Guillermo Brett, inspector, había indicado que los alumnos debían quedarse en el Colegio hasta el ocho de diciembre para celebrar la fiesta de La Virgen. El Padre Carlitos no pudo resistir la presión de alumnos



que siempre tuvo: de pequeña estatura y muy delgada, siempre estuvo aquejado de malestares estomacales y bronquiales que lo obligaron a someterse a muchas intervenciones y lo pusieron al borde de la tumba. Hubo un período de su época en Colonia Barón en que se sentía mal y al Padre Ismael Castelli que lo visitaba semanalmente le decía que estaba "con un pie adentro y el otro afuera", hasta que el Padre Castelli le dijo: "Bueno, la semana que viene, los dos adentro o los dos afuera".

Esto tuvo un efecto saludable ya que la semana siguiente ya estaba curado. A pesar de estos permanentes achaques pudo llegar a los casi 89 años de edad.

Alguna vez comentaba: "Todos mis compañeros que eran más fuertes que yo ya se murieron..."

La fuente de tanto vigor espiritual estaba en Jesús Sacramentado y en una filial devoción a María Auxiliadora.

Era emocionante la piedad con que celebraba su misa diaria, siempre participada por un grupo de fieles a los que dirigía alguna breve reflexión. Es recuerdo de todos el como se emocionaba en la consagración y como hablaba de Jesús eucaristía.

Largas horas de oración fueron su tarea cuando su salud ya no le permitía realizar otras.

En 1985 la obediencia lo destinó a esta Casa de General Pico, al no sentirse ya con fuerzas para estar al frente de la Parroquia de Colonia Barón. Liberado de esa responsabilidad pastoral. Aquí, se brindaba en todos los frentes de pastoral de esta parroquia.

Innumerables son los testimonios que podríamos recoger sobre la persona del popular "Padre Carlitos", conocido y querido en todos los rincones de esta ciudad y en toda la zona. Tanto que decíamos "El que no conoce al Padre Carlitos, o no es católico o no es pampeano".

Queremos manifestar nuestro agradecimiento a tantas personas que brindaron múltiples atenciones al Padre Carlitos, a la comunidad, y al pueblo de Colonia Barón que recibió al Padre Carlitos, declarándolo en forma póstuma "Ciudadano Ilustre"

GRACIAS Y BENDICIONES DE DIOS

La Comunidad Salesiana